

Pobreza, desigualdad, educación y mipymes

Carlos Comas *

EN ESTE ARTÍCULO SE PRESENTAN TRES DOCUMENTOS PUBLICADOS POR EL BID. No son recientes: dos de ellos fueron editados en 1997 y otro en 1998. Los dos primeros son documentos de trabajo, escritos en equipo por Juan Luis Londoño y Miguel Székely. El tercero es una historia económica de América Latina durante el siglo XX, escrita por Rosemary Thorp, pero auxiliada por un impresionante equipo de economistas latinoamericanos que le han hecho (y publicado) las monografías de base; la estadística se la ha preparado, entre otros, un economista suficientemente conocido y reconocido en Nicaragua: Valpy Fitzgerald. Pero entremos ya en materia.¹

Por desgracia, Nicaragua no es una excepción dentro de América Latina respecto a la mala distribución de los ingresos: todavía hay países que nos superan, por ejemplo, Guatemala, Brasil, etcétera. América Latina es la región más desigual del mundo, como han descubierto con estupor los técnicos de los organismos internacionales. Actualmente se ha visto que la desigualdad es sobre todo la obra del 10% más rico de la población, no de la clase media; de ahí que hoy la CEPAL mida la desigualdad comparando el nivel de vida (el ingreso per capita o por hogar) del 10% más rico con el nivel de vida del 40% más pobre de cada país. Si tomamos las cifras que da el Banco Mundial (por ejemplo en la edición de indicadores de desarrollo del año 2000), descubrimos que en el conjunto de Europa-Estados Unidos-Canadá-Japón-Australia (es decir, los países ricos y los países ex comunistas, Rusia excluida), el 10% más rico tiene un nivel de vida cinco veces superior al nivel de vida promedio del 40% pobre del país. En el mundo árabe (norte de África y Próximo Oriente), la diferencia es algo mayor: de seis a uno. En el conjunto India-Pakistán-Bangladesh y en el sudeste asiático (donde están esos "tigres" llamados Corea del Sur y Taiwán, entre otros), la relación es de siete a uno. En China es algo menos, de ocho a uno. En el África subsahariana, la relación es de diez a uno. En la Rusia actual (la de las mafias), el 10% más rico vive 12 veces mejor que el 40% más pobre. Y en América Latina, su 10% más rico vive... ¡19 veces mejor que el 40% pobre! Una distancia entre ricos y pobres cuatro veces mayor que la de los países ricos y los países europeos en general, y muy superior a la del resto del mundo. No es de extrañar que América Latina sea la región de las grandes tensiones sociales y de las guerrillas.

* Profesor de Economía, UCA.

Si un grupo se queda con una parte desproporcionada de la producción nacional, otros grupos quedan con muy poco, tan poco que están por debajo del nivel de una subsistencia digna. En América Latina, el 33% de la población está por debajo de la línea de la pobreza, pero si la distribución fuera distinta, si fuera la que rige en los otros lugares del mundo, el número de pobres sería la mitad (eso calculan con gran precisión Londoño y Székely).

¿Por qué América Latina es un continente tan desigual? Según Rosemary Thorp, su tragedia ha sido la de ser un continente rico en minerales y en productos agrícolas de exportación. Ya en 1900, el negocio de exportación era tan enriquecedor que las elites de América Latina, a las que les faltaba mano de obra para ese negocio, sometieron de varias maneras a las poblaciones indígenas y demás gentes sencillas, para un trabajo duro y casi esclavista; y además, les expoliaron de las tierras que servían para el negocio exportador. En Nicaragua tenemos un buen y triste ejemplo de trabajo duro: el del café de Matagalpa, que en 1881 provocó la gran revuelta de los indígenas; y tenemos un buen ejemplo de expropiación de tierras: las de Occidente, cuando el algodón, en los años 1950s, se convirtió en el gran negocio de exportación, y al pequeño campesino se le expulsó a Nueva Guinea y otros lugares. Pero lo mismo ha sucedido en toda América Latina. El resultado fue que la tierra quedó muy mal distribuida... y ha continuado así. La norteamericana Alianza para el Progreso de los años 1960 descubrió con horror que el 5% de los propietarios poseía el 80% de la tierra, mientras que el 80% de los propietarios (si es que se podían llamar así) se tenían que repartir el 5% de la tierra. Por esto, en América Latina ha habido tantos ensayos de reforma agraria.

La riqueza acumulada en las haciendas ha permitido acumular riqueza en otros sectores. Cuando un país es pobre, la tierra es la gran fuente de riqueza y de poder; cuando un país se desarrolla, el poder está en la industria, el comercio y las finanzas. Hoy, en los países pobres, la producción agrícola sólo proporciona un pequeño 13% de toda la producción nacional; y en los países ricos, esa aportación se ha reducido ya a un insignificante 2% (y en estos últimos países la población empleada en el campo es sólo un 5% de toda la población activa). Esto no quiere decir que los productos del campo hayan dejado de ser indispensables para nuestra alimentación, pero todo el resto de lo que producimos es tan abrumador que comparativamente los productos del campo quedan en una minoría casi irrelevante. Hoy, el poder no viene del latifundio, pero, en su momento, ese latifundio permitió a la élites de América Latina copar los lugares ventajosos de los otros sectores... y de la educación.

Curiosamente, del 10% más rico de América Latina sólo el 14% es propietario: al 86% restante, la riqueza le proviene de su gran ventaja en educación. Las personas de ese "decil" más rico tienen de promedio doce años de educación, mientras en los tres deciles más pobres la educación la han recibido sólo durante cinco años.

Londoño y Székely utilizan una medida sintética de desigualdad: el llamado índice de Gini. Teóricamente, ese índice podría abarcar desde el cero (país de igualdad

absoluta) hasta el cien (país de desigualdad absoluta: todo se lo quedaría una sola persona). Los países del mundo suelen estar situados entre 25 y 62. Los países de América Latina están concentrados entre el 50 y el 62. Nuestros autores consideran que el “exceso” de desigualdad de nuestra región viene reflejado por esta posición tan elevada en el Gini: si América Latina fuera una región “normal” en distribución, tendría 15 puntos menos en el Gini. Lo interesante es que Londoño y Székely buscan el origen de esos 15 puntos de exceso analizando las causas de desigualdad en el mundo en general.

Según estos autores, de los 15 puntos de “exceso de desigualdad” de América Latina, hoy sólo cinco se deben a los recursos naturales, mientras que diez se deben a problemas de la educación.

104

Los problemas de educación son dobles. En primer lugar, la insuficiencia general de la educación: si un país no alcanza el nivel de educación que le correspondería por su nivel de desarrollo, cae en la desigualdad. La población activa de América Latina sólo tiene un promedio de cinco años de educación, cuando por el nivel de desarrollo de la región debería tener dos más. La población activa del sudeste asiático (con un nivel de desarrollo similar al de América Latina) tiene nueve años de educación... Es decir, en América Latina falta generalizar la secundaria: es su gran asignatura pendiente. Pero, además, la educación causa desigualdad porque ella misma está muy desigualmente distribuida.

Hay un factor más de desigualdad, aunque no de tanta magnitud, pero sí de futuro. Cuanto más capital físico tiene un país (fábricas, con su maquinaria), más igualitario es ese país... porque hay más empleo, y porque ese empleo, al manejar más maquinaria, es más productivo y puede cobrar mejores salarios. Pero con una condición: que la propiedad de ese capital físico no esté muy desigualmente distribuida. Y ésta es también una asignatura pendiente de América Latina.

Los autores hoy suelen estar desengañados de una redistribución radical de propiedades: estamos en una época de convalecencia de revoluciones fallidas (fallidas en gran parte por la cercanía implacable de “El Gran Hermano del Norte”). Pero se habla de “redistribución en el margen”: posibilitar que entren gentes nuevas en este coto cerrado de la propiedad industrial. Esto significa proteger las mipymes (*“micro, pequeñas y medianas empresas”*): darles crédito, facilitarles tecnología y posibilidades de comercialización, animarles a crear “clusters” en los que se sostengan y potencien mutuamente, etcétera. Por otra parte, estas mipymes, al crecer y tecnificarse podrían causar dos beneficios más: en primer lugar, ellas son las que proporcionan más puestos de trabajo y si se tecnifican podrían pagar salarios mejores a esa gran masa de población que trabaja en ellas; en segundo lugar, ellas podrían ser las que exportaran, y con ello cubrirían esa eterna asignatura pendiente de América Latina que es el déficit de la balanza de pagos. Pero para proteger las mipymes hace falta que los gobiernos no se dejen absorber por la obsesión de la macroeconomía y empiecen a preocuparse seriamente por la economía de cada uno de los sectores.

Londoño y Székely acaban uno de sus estudios con escenarios de futuro, para que se vean los caminos de salida de la desigualdad. La inversión en América Latina bajó entre los años setenta y hoy: de representar un 29% del PIB pasó a ser sólo un 22% del PIB: ello empeoró la distribución del ingreso. Si se lograra que la economía latinoamericana creciera más: un 5.7% anual y no un 3.7% como en los años 1990s, y que, gracias a esa atmósfera prometedora, la inversión aumentara tres puntos como porcentaje del PIB, entonces, de los 15 puntos Gini de “exceso de desigualdad” se rebajarían dos. Si se hiciera un gran esfuerzo en educación para alcanzar los siete años de promedio para toda la población activa, y para el 2020 se pudiera llegar a los nueve años (como en el sudeste asiático hoy), entonces se rebajarían cinco puntos Gini más. Si se lograran las dos cosas a la vez (crecimiento con inversión y educación masiva), entonces se rebajaría en casi diez puntos el “exceso de desigualdad” ... pero aún quedarían cinco puntos de diferencia con el resto del mundo: por la desigual propiedad de la tierra y de las empresas. La tierra, como dijimos, irá perdiendo importancia, pero se han de abrir a todos las puertas de acceso a la industria: crédito y orientación para las mipymes, o sea una decidida política económica sectorial.

Aunque América Latina siempre ha tenido una desigualdad alta, sin embargo ha habido oscilaciones benéficas que han suavizado ese alto nivel. A lo largo de los años 1970s, el Gini de América Latina bajó casi cinco puntos: la gran actividad económica y la inversión proporcionaron oportunidades a las gentes sencillas. Por otra parte, en los años 1960s, el nivel de educación en América Latina era el que correspondía a su nivel de desarrollo, y se trataba de un nivel semejante al que por aquel entonces tenían los países del sudeste asiático. Desde aquellos años para acá han habido dos grandes fenómenos perniciosos: la gran caída del crecimiento y de la inversión a lo largo de los años 1980s y, por otra parte, la educación ha ido quedando rezagada (y además desigual).

Respecto a la educación se ha cumplido lo que los sociólogos llaman la “ley de Mateo” (del evangelio de San Mateo): “al que tiene se le añadirá, y al que no tiene, aun eso poco que tiene se le quitará”; es decir, desigualdad genera aún más desigualdad. Resulta revelador comparar lo sucedido en América Latina con lo sucedido en los “dragones” asiáticos. Estados Unidos acudió siempre en socorro de las élites latinoamericanas cuando estas resistían amenazas de reforma agraria; en cambio, en Corea del Sur y Taiwán apadrinó eficaces reformas agrarias, a fin de que la China de Mao, con su reforma agraria, no constituyera una tentación para el campesinado de estos países. El resultado fue el igualitarismo: un campesinado con tierras y un cierto poder adquisitivo. En estos países asiáticos hubo, por tanto, una clientela popular y masiva que demandaban bienes sencillos: camisas, mermeladas, etcétera. Esto provocó la creación de industrias también sencillas, poco mecanizadas y empleadoras de mucha mano de obra (fue posteriormente que estas industrias, gracias a estar ya bien rodadas y asentadas, se animaron a buscar mercados exteriores y además de superior tecnología). Es decir, en Corea del Sur y Taiwán hubo muchas oportunidades de empleo; esto estimuló a las gentes senci-

llas para que dieran educación a sus hijos (y ahorraran para ello): veían que un hijo educado tenía la oportunidad de obtener un empleo. De ahí el alto nivel educativo que han alcanzado estos países.

En América Latina, en cambio, con la gran desigualdad en la tenencia de la tierra, las clases populares no tuvieron poder adquisitivo, y las industrias que se crearon en la gran oleada industrializadora de la última postguerra no fueron industrias de bienes populares sino de bienes para las élites: televisores, refrigeradoras, ensamblaje de carros, etcétera. Industrias muy mecanizadas y muy poco creadoras de empleo. Con el desempleo como telón de fondo, las gentes sencillas no tuvieron ningún aliciente para ahorrar y así dar educación a sus hijos. De ahí, en parte, el poco desarrollo de la educación masiva desde los años sesentas.

Para concluir: no basta que el Estado proporcione facilidades educativas: hace falta que la gente quiera aprovecharlas, y para esto es menester que se abran ante ellos posibilidades de empleo. Y hoy, el empleo en cantidades importantes sólo lo pueden ofrecer las mipymes. Educación y apoyo a las mipymes no son dos cosas aisladas: con mipymes hay aliciente para estudiar, y si se estudia, entonces, las mipymes podrán aplicar una mejor tecnología, ser más productivas, ofrecer mayores salarios y ser competitivas para exportar. Y con las dos cosas juntas, la distribución puede mejorar espectacularmente y disminuir drásticamente la pobreza.

Nota

- ¹ Los documentos de Londoño y Székely son: *Sorpresas distributivas después de una década de reformas: América Latina en los noventas* y *Persistent Poverty and Excess Inequality: Latin America, 1970-1995*. El libro de Thorp es *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el Siglo XX*.

Bibliografía

- LONDOÑO, JUAN LUIS Y MIGUEL SZÉKELY. (1997). *Sorpresas distributivas después de una década de reformas: América Latina en los noventas*. Serie de Documentos de Trabajo 352, BID.
- LONDOÑO, JUAN LUIS Y MIGUEL SZÉKELY. (1997). *Persistent Poverty and Excess Inequality: Latin America, 1970-1995*. Working Paper Series 357, BID.
- THORP, ROSEMARY. (1998.) *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el Siglo XX*. BID-Unión Europea.